



Tu pasado no es tu potencial. En cualquier momento puedes liberar tu futuro. Marilyn Ferguson.

Capítulo - email 2

primeros recuerdos de una niña sin nombre

No negaré que al principio no tener nombre enredaba algo más el día a día familiar. Las personas con las que compartes la casa no saben muy bien cómo llamarte y terminan por no hacerlo para no complicarse la vida. Sobrevivir es algo que aprendes y no exige ninguna épica, se lo aseguro. Estás a la hora de las comidas y a la hora del colegio. Después tienes casi todo el tiempo disponible para jugar.

Cuando te cuentan cuentos o tú los ves en la tele, en Internet o en los libros, empiezas a vislumbrar algunas razones que nadie te ha dado pero que te ayudan a entender realmente por qué no puedes tener nombre. Y es que apenas encuentras personas a las que decidir parecete y copiarles el nombre. Cuando te regalaban enciclopedias, diccionarios y libros de personajes cuyos nombres han trascendido en la ciencia, en la historia, en el arte... siempre te quedabas con la duda de si te faltaban justo aquellos en los que salían las personas que querrías ser y que te habrían hecho más ilusión: esa científica, esa ingeniera, esa inventora, esa artista... Le aseguro que busqué con empeño pero mirando en los tomos de mi enciclopedia casi nada encontré.

Es cierto que mis padres eran dados a regalar los libros de uno en uno y que completar las colecciones no era su fuerte. De manera que en casa podíamos tener enciclopedias que iban de la "E" a la "O" y de la "U" a la "Z". Quedando siempre la duda de si, por alguna extraña razón alfanumérica, las personas que esperabas encontrar sólo estaban en los tomos que nunca llegabas a tener (justo de la "A" a la "D" y de la "P" a la "T"). Es verdad que como niña, tenía numerosos referentes cercanos en muchas mujeres admirables que veía a mi alrededor, pero a ver si usted puede explicarme por qué sobre ellas nadie hablaba en las historias y en los libros que formaban parte de las enciclopedias, por qué en voz baja todos admiraban su dedicación y entrega a los demás... cosiendo ese vestido, haciendo esa comida, alimentando a ese niño, cuidando a ese anciano, para después denostar ese trabajo o, en el mejor de los casos, eclipsarlo, como si se hubiera hecho solo y nada hubiera tenido que ver con las historias narradas en las enciclopedias. Cabía entonces la explicación de que las mujeres que yo buscaba sólo hubieran podido dedicarse a estos trabajos que no salían en los libros que yo tenía y que, seguramente, ellas tampoco habían podido escribirlos. Eso, o bien que al igual que me pasaba a mí, ninguna de ellas tenía nombre y claro está, sin palabra que nombrar, a ver cómo podían después contar su historia.

Por una u otra razón, todo hacía reforzar que como no tenía a quien parecerme no podía tener nombre, aunque igualmente como no tenía nombre no tenía a quién parecerme.

En mi día a día he de reconocer que este condicionante de ser una sin nombre fue en alguna ocasión molesto, pero creo yo que era más difícil para los que en algún momento querían nombrarme y, al intentarlo, se les hacía una pelota lengua con boca, como cuando quieres comunicarte en otro idioma que apenas conoces y no sabes qué decir, cómo decir.

No he olvidado aún el profundo dolor de cabeza que esto le causaba al señor Aguirre, secretario del colegio, cuando cada año mis padres se presentaban en su despacho para matricularme en el nuevo curso. La primera cuestión a tener en cuenta, es que las personas sin nombre lo éramos a todos los efectos de nombre y apellidos y esto era asumido con resignación por los tecnócratas, que aceptaban que sólo podíamos ser un “espacio en blanco” en una página impresa o en una aplicación informática. Una vez delimitado el espacio en blanco, igual de probable era aparecer la primera que la última en la lista. De forma que cada año era un volver a empezar. Eso sí, la lógica de la máquina nunca repitió aquella primera e incómoda ubicación de mi estreno en el colegio, por la que fui incluida fragmentando la secuencia de los nombres de mis compañeros, justamente rompiendo el vínculo entre Marcial _____ Zunzunegui, que lloraba desconsolado por aquella fractura entre su nombre y su primer apellido. De haber tenido el error una imagen gráfica, me imagino formando parte de una extraña criatura con el bueno de Marcial o sacando la cabeza por su codo o su rodilla.

Poco tardó el señor Aguirre en asignar un valor de renglón a mi espacio vacío, de forma que desde entonces la máquina optaba por insertarlo al comienzo o al final de la lista, sin causar daños colaterales a mis compañeros de clase. Pasaba entonces que igual podía ser la primera que la última en la lista y en consecuencia, serlo también en el orden de las preguntas de clase, en las filas de mesas, y en las manos que debía coger cuando nos llevaban de excursión. Así fue como mis compañeros Alex Arroyo y Zuriñe Zuckenberg fueron desde pequeños mis manos amigas.

He de insistir en que yo procuraba no dar mucho trabajo a la gente que me conocía y apenas interactuaba con ellos. Tenga en cuenta que si querían

comunicarse conmigo estaban obligados a la mímica de brazos, gestos y sonidos que llamaran mi atención o a entrenarse en el arte de la descripción instantánea: ¡eh tú, la de la camiseta a rayas, la de los ojos grandes, la morena, la que mira hacia abajo, la de las gafas, la difuminada, la callada, la que va al final, la del principio! Sí, todo esto fue cambiando cuando empezaron a conocerme, entonces tenían la opción de apodarme según la ocasión reclamara, siempre y cuando el nombre no resbalara y terminara en el suelo, cosa habitual cuando lo usaban demasiado a menudo. Véase: la empollona en la clase, la rara entre los amigos, la pequeña en la casa, la sin nombre en la calle; y ya de mayor: la ingeniera, la inventora o la artista según el caso. Y así he ido tirando, incluso cuando muchos de estos apodosos no eran merecidos ni exactos y cuando, en todo caso, su diversidad acentuaba los síntomas de una persona sin nombre. Hasta donde alcanzo a entender, diseminarse en un gran número de nombres efímeros es también una forma de no tener nombre, una forma de desaparecer.

No quiero sin embargo que piense que estas historias pudieron hacerme sufrir cuando era niña. Nada más lejos. Cuando no tienes nombre nadie espera nada de ti y habitualmente evitan llamarte a gritos para pedirte cosas o regañarte. Difícilmente se encuentran las palabras que resuman y describan al mismo tiempo en un momento de urgencia. Además, por lo general, mis padres sólo regañaban a mis hermanos y hermanas que, entre otras cosas, para eso tenían nombre. Y, aunque alguna vez (intentando, sin éxito, que me echaran cuenta) me crucé en sus huidas hacia la habitación de los juguetes, donde se encerraban trancando la puerta, pronto me habitué a estar ya dentro cuando ellos llegaban, a jugar y observar desde ese cuarto. Fíjese además que los sin nombre, cuando dejamos de ponernos ropa de colores llamativos y optamos por los grises, blancos y negros, podemos camuflarnos con facilidad y entonces estar en los sitios sin que la gente repare en nosotros; y desde los rincones y contornos de las habitaciones y espacios podemos observar cómo los demás hacen las cosas, cómo entran y salen, cómo eligen objetos, cómo ordenan sus listas, cómo van cambiando y construyendo sus vidas. Observar, recordar y modificar. Apunte usted, por favor, que ahí habría algo de ese nombre que buscamos.